

EL PARTO SE NEGÓ A NACER

—Pues la culpa no es mía, doctor. Yo ya no puedo contraerme más. Como siga dándole al músculo me voy a volver del revés.

—Calma, señora. La culpa es de los jóvenes, se lo han encontrado todo sin ningún esfuerzo; si les hubiéramos puesto a cavar en el seno materno..., pero fuimos demasiado débiles.

—Eso dice mi esposo.

—Como cualquier esposo de bien, señora.

—Esto va a trascender a la opinión.

—Me temo que sí.

—Doctor, usted está sospechando...

—Ya no me cabe duda alguna. Fortaleza y resignación. Lo que me temía, se trata de un parto de izquierdas.

—Precisamente tenía que ocurrir en una clínica como la nuestra.

—Donde todo el personal

participó en la guerra mundial.

—Yo no puedo contraerme más, doctor, estoy que me salgo, y el niño sin aparecer.

—¿No sería conveniente que la introdujéramos a la madre la Ley de Desacatos por si le impresionamos y se decide a exteriorizarse?

—Acabo de llamar al Ayuntamiento y me han dicho que si tarda en salir mandarán a la grúa.

—Con tal de cobrar depósito...

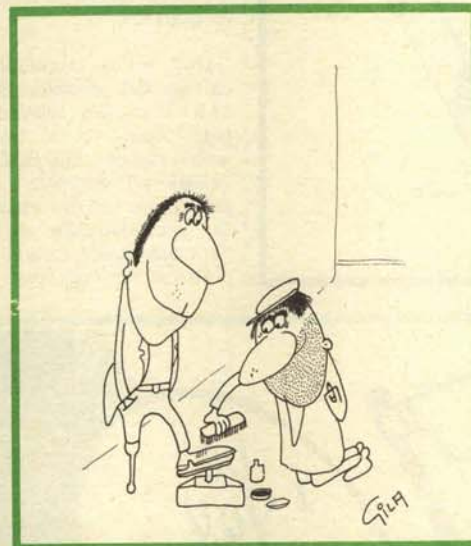
—Tendrán que comunicárselo al padre.

—Esperen, esperen un poco; yo voy a seguir contrayendo, por si acaso.

—Lo sentimos, señora, pero sólo disponemos de un folio para esta escena.

—¡Dichosas las madres que tienen partos de derechas!

SIR THOMAS



A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Alzó sus brazos y posó su mirada sobre la masa rugiente. Y les habló. «En verdad os digo que me encuentro lleno de gozo de que estemos hoy todos reunidos aquí. Habéis respondido como yo hubiera deseado para completar mi obra. Mis muchachos y yo nos encontramos enternecidos con vuestra bondad. A los que nos gritáis, os diremos que siempre tuvimos enemigos y que eso nos da más coraje para continuar la lucha. A los que os encontráis situados los últimos y nos deseáis, paciencia; mañana, los últimos serán gloriosos primeros».

La masa, como todas las ma-

sas, se removía inquieta. Ni la solemnidad del acto era capaz de frenar sus impetus, ni las interrupciones de aquella figura nimbada de contraluces que pugnaba por hacerse escuchar. Algunas muchachas, invadidas de un suave misticismo, entornaban los ojos al tiempo que bambolearan sus cabezas rítmicamente. De nuevo el hombre joven elevó sus brazos reclamando un silencio que no llegó, a pesar de lo cual él siguió regalando su pensamiento: «Porque esto lo hacemos por amor, por cariño a nuestros semejantes. En estos momentos no me importaría morir, os hemos reunido y eso

es lo único importante. Juntos vamos a hacer la gran obra de la caridad, de la fraternidad universal. Gritemos todos juntos: ¡Fraternidad, fraternidad!

La sala se llenó de rugidos histéricos, de silbidos, de gruñidos agónicos y de palmas que empezaban a reclamar que la caritativa presentación terminara para dar paso al meollo del programa.

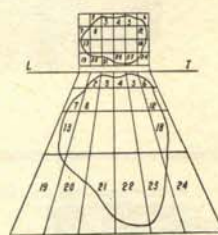
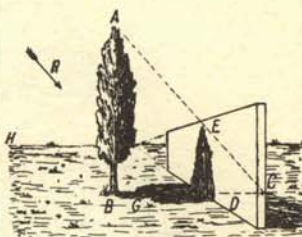
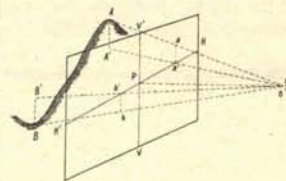
El hombre joven se adelantó aún más, tanto que algunas de sus seguidoras se agarraron a aquellas piernas envueltas en brillantes pantalones. «Está bien, está bien; pero antes de comenzar quiero presentaros a los muchachos que me acompañan esta gran noche. A la izquierda, Mantequilla Smith; en

el centro, Peladilla Joe; a la derecha, Ensaladilla García...».

Difícil, muy difícil de comprender algo que no fuera aquella histeria colectiva con fines caritativos. El nuevo profeta, al frente de sus discípulos, se disponía a presentar su gran «Concierto de Amor y Fraternidad» a través de veinte cadenas de radio propias y asociadas. Ninguna casa discográfica, y menos la del profeta, tenían duda alguna de que aquella iba a ser una promoción óptima para alcanzar ese año el Disco de Oro.

Mientras, los caritativos comparsas juveniles cumplían con furor la misión que les había sido asignada: «Alabar en la tierra a los hombres de buena voluntad».

MORTIMER



—¡O sea, que se compra la parcelita su tía!

